

Humanitas, humanidades y neolatín en la Nueva España

Roberto HEREDIA CORREA

El concepto de *humanitas*, expuesto ampliamente por Cicerón en varios de sus tratados y en algunos discursos, recogido y codificado por Quintiliano con propósitos educativos en la *Institutio oratoria*, fue definido brevemente por Aulo Gelio con estas palabras: "*humanitatem... nos eruditionem institutionemque in bonas artes*" *dicimus. Quas qui sinceriter percipiunt adpetuntque, hi sunt vel maxime humanissimi*. Este ideal quedó plasmado en la obra misma de Cicerón y en la de los grandes poetas, historiadores, oradores y moralistas romanos.

Los cristianos de los primeros siglos, para quienes el ideal de hombre estaba dado en la doctrina de Cristo, después de prolongadas disputas, asimilaron en lo fundamental el sistema educativo romano, y éste influyó decisivamente en el desarrollo de la educación durante la Edad Media.

Los hombres del Renacimiento recuperaron los textos de los antiguos escritores romanos y griegos, particularmente de los primeros, y rescataron también el viejo ideal de la *humanitas* ciceroniana. *Humanistas* se llamaba a quienes se dedicaban al cultivo y a la enseñanza de los *studia humanitatis*, cuyo programa incluía gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral, estudiadas en las lenguas y las literaturas de Grecia y Roma. El renacimiento español, breve y tardío, últimos años del siglo xv y primera mitad del xvi, coincidió con un periodo histórico en el cual, por una parte, concluida la unificación de su territorio, España dirigía sus esfuer-

zos al logro de la unidad religiosa, a la reforma eclesiástica y al cuidado de la pureza de la doctrina católica; y por otra parte, descubierto el Nuevo Mundo, el pueblo español debía enfrentarse a la conquista, evangelización, aprovechamiento y organización política de las nuevas tierras. Las disciplinas humanísticas se subordinaron por lo común a las preocupaciones religiosas; las humanidades fueron en gran medida sólo un medio de acceder a las facultades universitarias, donde la teología reinaba sobre todas y dictaba a las demás principios fundamentales de su doctrina. En América los misioneros, del mismo modo que debieron enseñar una teología no aprendida —así decía fray Pedro de Gante—, también debieron practicar un humanismo no estudiado y ejercitar unas humanidades jamás cursadas. Tuvieron que aplicarse al estudio y a la solución de problemas nuevos que planteaba la humanidad del Nuevo Mundo: la racionalidad de los indios, la valoración de las culturas americanas, la dignidad y los derechos de los indígenas, la legitimidad de la conquista y de la guerra que se les hacía, la aptitud de su inteligencia para las ciencias y las artes europeas. Juristas, teólogos y humanistas participaron en la espinosa y prolongada discusión de estos temas. Me parece indudable que el humanismo español escribió entonces por obra de Francisco de Vitoria, Alonso de la Vera Cruz, Vasco de Quiroga, Bartolomé de las casas, entre otros, una de sus páginas más trascendentales.

El temor a la contaminación de las doctrinas protestantes —*qui graecizant, lutheranizant*—, la alineación del gobierno y la iglesia españoles en la contrarreforma, y el Concilio de Trento fueron factores que obraron en contra del impulso libertario y racionalista del incipiente humanismo español. Las humanidades y sus profesores con el tiempo fueron cayendo en descrédito y a menudo se hicieron objeto de desconfianza. El pueblo católico se hallaba en desventaja frente a los protestantes, quienes, conocedores del latín, el griego y el hebreo, podían recurrir a los textos sagrados, a los padres de la Iglesia, a los documentos de los concilios para argüir sobre el sentido de la Sagrada Escritura o contra la

doctrina tradicional de la Iglesia católica. Desde la entraña misma de la Contrarreforma, la Compañía de Jesús ofreció un programa educativo que retomaba el estudio serio de las humanidades como el medio más eficaz de formación humana y como la preparación más idónea para el estudio de la filosofía, las ciencias, las artes y la teología. Este estudio de las humanidades, estrictamente codificado en la *Ratio studiorum*, se proponía la formación del perfecto cristiano y el equipamiento de los filósofos, teólogos y juristas para la defensa de la doctrina católica ratificada por el Concilio de Trento. Los colegios jesuíticos se extendieron rápidamente por toda la Europa católica; en España —y también en la Nueva España, a donde llegaron los primeros jesuitas en 1572— pronto tuvieron el monopolio casi completo de la enseñanza de las humanidades, y lo mantuvieron hasta su expulsión en 1767. Las demás órdenes religiosas, las universidades y otras instituciones educativas se sirvieron de estos colegios para el estudio de las humanidades, o siguieron de muy cerca sus lineamientos.

Es importante señalar que el griego, como sucedió en la metrópoli, fue mucho menos cultivado que el latín en la Nueva España. De hecho, no existió cátedra formal de esta lengua —cuando menos, no hay constancia—, hasta que el obispo Fabián y Fuero la estableció en el Seminario Palafoxiano de Puebla poco después de la expulsión de los jesuitas. Es verdad que no faltaron conocedores de esta lengua; pero fueron, por lo común, clérigos o letrados europeos que la habían estudiado en su patria. Algunos de ellos promovieron su estudio en la Nueva España y llegaron a formar discípulos.

El interés por el griego creció notablemente a lo largo del siglo XVIII y se acentuó cuando empezaron a sentirse los aires de la modernidad en la filosofía, la teología, las ciencias y las artes; este mismo afán es una de las manifestaciones del espíritu científico y laicizante del movimiento. El primer grupo consistente de helenistas o filhelenos novohispanos se dio entre los jesuitas que fueron expulsados en 1767: Campoy, Alegre, Clavigero, Castro, Abad, etcétera. En ellos

se advierte ya una conciencia clara de que el latín y el griego, y la filosofía y la literatura de Grecia y Roma, no son sólo instrumentos que pueden servir para apoyar y defender la doctrina cristiana, sino que el mundo clásico es una área de estudio con entidad propia, cuyo cultivo redundará directamente en el progreso de la filosofía, las ciencias y las artes. Alumnos directos de este grupo de jesuitas —Alzate, Bartolache, León y Gama, Díaz de Gamarra, etcétera— fueron después promotores importantes del movimiento ilustrado en el último tercio del siglo XVIII.

* * *

Todos sabemos que en nuestro país, cuando menos durante los siglos coloniales, se escribieron obras literarias, filosóficas y científicas en latín; los títulos de algunas de ellas han pasado a nuestros manuales de historia de la literatura o de historia de la cultura. Así, por ejemplo, respecto al siglo XVI, todos hemos oído de los *Diálogos* de Francisco Cervantes de Salazar, de las obras filosóficas de fray Alonso de la Vera Cruz, de ciertos escritos jurídicos de fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y otros misioneros; alguna vez hemos sentido curiosidad por conocer el llamado *códice Cruz-Badiano*, farmacopea compuesta en náhuatl por el indio Martín de la Cruz y traducida al latín por otro indio llamado Juan Badiano; hemos leído también sobre ciertas cartas escritas por indios latinistas formados en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Del siglo XVII se menciona frecuentemente la *Logica Mexicana* del jesuita Antonio Rubio, el *Regio Psalterio* escrito en la cárcel por aquel extraño aventurero que se proclamó emperador de México, el irlandés Guillén de Lampart, y algunos pequeños poemas de Sor Juana Inés de la Cruz. Y en el siglo XVIII la lista se alarga: la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren, la *Rusticatio Mexicana*, bello poema descriptivo de Rafael Landívar, el *De Deo Deoque Homine Heroica*, de Diego José Abad, las obras teológicas, filosóficas y poéticas de los jesuitas Francisco Xavier Alegre, Francisco Xavier Clavigero y otros; las bio-

grafías de jesuitas compuestas por Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, las obras filosóficas de Benito Díaz de Gamarra.

Pero estas obras son apenas una mínima parte, aunque ciertamente selecta, de la bibliografía latino-mexicana. La producción científica, filosófica y literaria novohispana escrita en latín, es mucho mayor. Y a estas obras habría que añadir la documentación administrativa —por llamarla de algún modo— escrita en esta misma lengua. De los 179 impresos que recoge Joaquín García Icazbalceta en su *Bibliografía Mexicana del siglo xvi*, más de 70 son obras escritas en latín. Al juzgarse esta cifra debe considerarse que durante las primeras décadas del periodo colonial autores e impresores debieron dedicar atención especial a estudios de las lenguas indígenas y a la elaboración de manuales de doctrina cristiana y prácticas religiosas. *El Ensayo bibliográfico del siglo xvii*, de Vicente de Paula Andrade, entre las 1228 cédulas que recoge, en las cuales predominan sermones y obras similares, menciona igualmente más de setenta obras escritas en latín, sin contar los numerosos arcos, certámenes, tómulos y festivos aparatos, en los cuales nuestros ingenios lucían sus habilidades en ambas lenguas.

Estos datos se refieren solo a los libros impresos; el número de los escritos que permanecieron inéditos es muchísimo mayor. Una revisión somera de la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren y de la *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* de José Mariano Beristáin de Souza basta para comprobar la magnitud de la parcela de nuestra cultura escrita en latín. Este hecho es causa de que la gran mayoría de tales obras permanezcan desconocidas y olvidadas en el mejor de los casos, pues son de sobra conocidos los agravios de que han sido objeto nuestros archivos y bibliotecas.

Es importante señalar que, además de adquirirse como instrumento para el estudio de la filosofía, la teología y las ciencias, el latín tuvo muchos cultores devotos que penetraron sus secretos y se sirvieron de ella como del vehículo más idóneo para sus obras de creación literaria. Ya he mencionado a Rafael Landívar y a Diego José Abad, poetas excep-

cionales sin duda; y no podrían citarse muchos más de semejante altura. Pero pueden ser índice de la profundidad que podía alcanzarse en el conocimiento de la lengua y de la destreza a que podía llegarse en su manejo, los ejemplos siguientes:

1. Don Bernardo de Riofrío, canónigo doctoral de la Catedral de Michoacán, compuso en 1680 un poema en honor de la Virgen de Guadalupe, intitulado *Centonicum Virgilianum*; la composición está formada “por versos o partes de verso sacados de la obra de Virgilio, que, atormentados en su sentido original, son combinados para que aquí canten las apariciones de la guadalupana”. Tal género de composiciones, como atinadamente comenta Ignacio Osorio, “nos parece absolutamente extravagante..., pero a la época barroca le era muy atractivo este tipo de juegos en que el autor no sólo ponía en ejercicio el ingenio sino también ostentaba su conocimiento de los poetas latinos”.

2. En 1641 el mercedario Juan de Valencia compuso un singular poema, intitulado *Theressiada*, en honor de Santa Teresa de Jesús, en cerca de 700 hexámetros, todos retrógrados. Envió el poema al cronista de su orden, fray Francisco de Pareja y actualmente está perdido. Sólo se conoce un verso que cita el mismo Pareja en su *Crónica de la Provincia de la Visitación de Nuestra Señora de la Merced redención de cautivos de la Nueva España*:

Asseret e Roma nisi lis in amore Teresa.

3. En 1740, a los 23 años de edad, siendo todavía estudiante jesuita, José Mariano Iturriaga compuso un poema, que fue bautizado recientemente con el nombre de *Californiada*. Canta en él, a la manera de los antiguos autores de epopeyas, y en 810 hexámetros, la conquista espiritual de la todavía entonces “isla” de California, realizada por el padre Juan María Salvatierra.

4. Cayetano de Cabrera y Quintero, presbítero secular del arzobispado de México, fue fecundísimo autor de numerosas y variadas obras latinas y castellanas, orador sagra-

do, historiador, traductor de Horacio y Juvenal, comediógrafo y autor de “artes” de las lenguas hebrea, griega y náhuatl. En la multitud de sus poemas Cabrera hace alarde no sólo de su conocimiento de la lengua y de los escritores latinos, clásicos y cristianos, sino de su maestría en el conocimiento y manejo de los distintos metros. “Lo que resulta particularmente fascinante,... dice la profesora Lia Coronati, es la increíble variedad de la métrica empleada en el curso de las obras... hasta las más complejas y audaces, y a veces inusitadas, composiciones formales de la poesía lírica”.

Por otra parte, Cabrera tampoco es ajeno a los artificios de ingenio. Pueden servir de ejemplo dos epigramas dedicados a San Juan de la Cruz, en los cuales forma juegos acrósticos no sólo iniciales, sino medios y finales.

Sunt quibus in plures
Alter erit in formas
Ni tua, JOANNES,
Colligit hinc iuvenem
Te Leo, te Taurus
Unus, Aper, Lapis, Anguis
Solus Amor proprio

Jus est se vertere. NumquiD
Omnes, qui colligat aptE
Astutia venerit istiC
Nunc illum colligit arboR
Novitant te flumina, ProtheU
Erat, fuit ignis, et illinC
Servavit flumen in ignE

Scire cupis formas, queIs se subjecerit illuD
Abs dubio monstrum quOd fecit gratia? noscE
Notus Aper fugat ore cAnes quos senserit istaC
Conari ne culmeN cat. Crux tenditur arboR
Taurus agit fortes. aN guem prudentia dictU
Unda labor, lapis ipse, pati; Leo pervigil istiC
Sub iuvene est: humiliS; vir amans sentitur in ignE

Así pues, la *humanitas* romana, como programa educativo, llegó a la Nueva España bajo la forma del estudio de las humanidades: latín, literatura latina (en un canon selecto pero limitado de autores y obras), retórica y poética. Estas disciplinas constituyeron el núcleo de la educación media a lo largo de los siglos coloniales.

Influjos de esta formación podrían buscarse en la literatura escrita en castellano; podría rastrearse en los cronistas, en los estudiosos de las culturas indígenas, en la oratoria sacra y profana (vastísimo campo que está por explorarse), en el pensamiento político y social, en las obras científicas, en los escritos jurídicos y teológicos. Uno de los frutos de esta formación humanística es nuestra literatura neolatina. Su existencia misma, su variedad y su riqueza son testimonio de la aplicación con que se seguía el currículum académico y de la fe que se tenía en que el latín era el camino que llevaba hacia los grandes maestros del pensar, del vivir y del hablar.